



VOL: AÑO 4, NUMERO 10

FECHA: MAYO-AGOSTO 1989

TEMA: MUJERES

TITULO: **El sujeto femenino; para una refundamentación de la "teoría feminista"**

AUTOR: *Estela Serret* [*]

SECCION: Artículos

TEXTO

Este trabajo pretende mostrar cómo la reflexión sobre los orígenes de la desigualdad entre los sexos -problema fundador de la teoría feminista- puede enriquecerse notablemente con la utilización de categorías que, proviniendo de diversas tradiciones analíticas, permitan explicar los mecanismos fundamentales que intervienen en la constitución de las estructuras culturales.

Es decir, el feminismo, en tanto se inaugura como una reflexión sistemática acerca de la desigualdad sexual [1] implica de manera inmediata una preocupación política -ya que se revela como la oposición al ejercicio de un poder- y una inquietud analítica -en la medida en que se pregunta por el carácter y los orígenes de tal situación de desventaja para las mujeres.

Sin embargo, la corta historia del feminismo nos ha demostrado que, a pesar de la riqueza potencial de un punto de partida teórico como el que hemos señalado, este segundo aspecto se ha visto francamente relegado y el movimiento por la liberación de la mujer ha tenido un éxito considerablemente mayor en el desarrollo y difusión del aspecto político. Y no sólo esto, podemos decir que en gran medida las dificultades para la construcción de una teoría feminista -en el sentido estricto del término- se derivan de una permanente politización de los análisis emprendidos.

Hasta ahora, la reflexión feminista se construye a partir de la preocupación por explicar en qué se funda la desigualdad de la mujer, y en este sentido, el análisis se ha encausado básicamente en dos direcciones: la primera vertiente recurre a la explicación marxista para describir las causas que originaron históricamente la división desigual entre los sexos, básicamente contenida en el texto de Engels sobre "Los orígenes de la familia la propiedad privada y el Estado", y orientada exclusivamente por una causalidad economicista que resulta bastante pobre para revelar los mecanismos históricos que han colocado a las mujeres en un lugar subordinado familiar y socialmente. La segunda se preocupa por reflexionar sobre "lo femenino", es decir, intenta descubrir si existe algo que ontológicamente responda a la peculiaridad biológica de la mujer. Esta segunda vertiente, por desgracia, también se ha revelado como teóricamente incompleta, en parte por las limitaciones intrínsecas del supuesto esencialista y en parte porque su tratamiento se reduce generalmente a la hilación de lugares comunes.

El hecho mismo de plantear el problema en estos términos, tiene varias implicaciones.

En primer instancia, detrás de una formulación así parece encontrarse la pregunta ¿Cuáles fueron las causas y cuál el momento histórico en que las mujeres perdimos el

poder, o cuando menos la igualdad? ¿Cómo y dónde se originó el primer acto de sumisión?

En efecto, durante largo tiempo las argumentaciones del "women's lib" se basaron implícita o explícitamente en el mito de las sociedades matriarcales que supuestamente estaban organizadas políticamente en torno al poder femenino. Hoy sabemos que nunca existieron este tipo de sociedades (o por lo menos, no contamos con elementos confiables para suponer su existencia) y por tanto que el problema de la revisión histórica para averiguar las causas de la subordinación femenina resulta un tanto ocioso.

En segundo lugar, el intento por ubicar los componentes de una supuesta esencia femenina, además de todas las objeciones teóricas que merece, parece ir en contra, precisamente, de aquello que ha sido la apuesta nodal del feminismo: la oposición a creer en cualquier legalidad inmutable.

Desde luego, al interior del feminismo se han gestado intentos por tratar el problema de la desigualdad desde una óptica distinta.

En varios trabajos feministas está presente la idea de que es necesario trascender los cánones tradicionales y abordar el problema desde otras perspectivas.

Así por ejemplo, Ann Oakley, en su texto titulado *La mujer discriminada. Biología y Sociedad*, (Madrid, Debate, 1982) hace una detallada descripción de cómo se han utilizado tradicionalmente argumentos científicos para fundamentar la desigualdad "natural" de la mujer, y contra argumenta cada una de estas razones encontrando que el origen de todo comportamiento diferenciable de acuerdo al sexo se halla en las pautas culturales dominantes en cada sociedad.

Aunque análisis como éste resultan una alternativa viable para el feminismo, todavía nos encontramos con que el problema de fondo queda sin resolver: ¿Cómo se construyen estas pautas culturales? ¿Por qué, a pesar de la diversidad de sociedades, a lo largo de la historia, prevalecen estructuras de desigualdad que dejan en desventaja al sexo femenino?

Margaret Mead, desde la antropología, estudió diversas tribus que en la actualidad pueden considerarse primitivas por su forma de organización social, y encontró que los patrones culturales de diferenciación sexual que en ocasiones se consideran universales, presentan variaciones sustanciales en cuanto a asignación de roles, significación valorativa de lo masculino y lo femenino, etc.

El trabajo sin duda resulta de gran utilidad para el feminismo, pero deja sin resolver las preguntas antes planteadas.

Lo que proponemos, pues, es recorrer un camino más largo pero más fructífero.

Para saber cómo deben cambiarse estructuras hay que entender primero qué elementos hacen que esas estructuras se configuren de una manera y no de otra; qué mecanismos sigue el proceso de constitución de una cultura con todos los elementos que ella implica; estructuras psíquicas, orden simbólico, organización social, sistema ideológico, etc.

Es decir, encontrar la dinámica de funcionamiento de aquellos elementos que sí competen a la preocupación feminista, valiéndose para ello de herramientas teóricas que permitan pensar, a través de sus propias determinaciones, todos aquellos problemas que hasta ahora no han podido ser abordados en toda su complejidad por la ortodoxia feminista

debido a su fidelidad a un orden teórico que sólo permite ver objetividad en lo económico; para el cual la cultura carece de materialidad.

Esta es una tarea ardua, compleja y de largo plazo. El presente escrito sólo pretende mostrar algunos de los problemas que pueden pensarse desde los cuales podamos construir a "la mujer" como objeto de reflexión dentro del análisis de la constitución de la cultura y por ende de la constitución de sujetos.

II

No es un secreto para nadie que la relación entre feminismo y psicoanálisis ha sido, hasta hoy, francamente conflictiva.

Desde sus orígenes, el movimiento por la liberación de la mujer se ha mostrado severamente crítico contra la teoría psicoanalítica por considerar que los estudios freudianos sobre sexualidad femenina justifican el sometimiento de la mujer y lo presentan como un destino ineludible.

En efecto, para la mayoría de las feministas la parcialidad -por no decir el sexismo- del punto de vista freudiano sobre la femineidad se expresa claramente en las tesis sobre la castración y la llamada envidia del pene que, según esta lectura particular, describen procesos universales a través de los cuales las mujeres constituyen su identidad a partir de una carencia -la falta de pene- que les coloca en una perenne situación de inferioridad respecto a "los otros" que sí están dotados de ese órgano, quienes a su vez se percibirán como superiores a aquellas que han sido privadas de la principal fuente de placer.

A pesar de su esquematismo, esta descripción destaca los puntos en los que se centra la crítica feminista al psicoanálisis y evidencia el relativo simplismo con que tal crítica se elabora la mayoría de las veces. Pero no siempre ha recurrido el feminismo al sentido común para objetar las tesis freudianas; son muchos los estudios hechos desde el interior del psicoanálisis que se han abocado a refutarlas, sobre todo en lo que se refiere a la percepción femenina de la propia anatomía como carente de pene y por tanto a la configuración de las estructuras psíquicas femeninas a partir de esta posición de desventaja.

Estas refutaciones que han tenido sus exponentes más relevantes en las tesis de Karen Horney y Melanie Klein, sugieren como alternativa diversas propuestas para explicar los mecanismos de la configuración de la femineidad y atribuyen efectos distintos al descubrimiento de la diferencia anatómica entre los sexos, pero coinciden en rechazar la idea de que la identidad femenina esté condenada a estructurarse sobre la base de una desventaja, en función de que esta percepción por parte de hombres y mujeres no se considera natural e inevitable sino socialmente inducida, y por tanto susceptible de revertirse a partir de cambios en los esquemas valorativos culturales.

Lo que nos interesa aquí no es, por ahora, discutir con estas corrientes ni pronunciarnos sobre la pertinencia de sus propuestas. Nuestro propósito es mostrar que el psicoanálisis -leído a través de Freud y de algunas aportaciones de Lacan- en cuanto construcción teórica ofrece a la reflexión sobre la desigualdad sexual una importante vía de acceso para un tratamiento pertinente del problema de la mujer, entre otras cosas porque, como veremos, permite desplazar la cuestión sobre la constitución de los sujetos del plano de lo biológico al de lo cultural. Es decir, permite abordar un problema que, siendo la preocupación fundamental del feminismo, ha sido tratado hasta ahora en forma simplista e insuficiente, como ya explicamos, por no contar con las herramientas analíticas adecuadas.

Así pues, trataremos de acercarnos a los planteamientos de la teoría psicoanalítica que, en nuestra opinión, pueden ser utilizados en la construcción de una teoría sobre la identidad femenina, sobre la desigualdad, y procuraremos señalar desde ahora algunas pistas sobre las posibles reelaboraciones que con este tratamiento pueden sufrir algunos conceptos. No está de más subrayar que éste no es un texto redactado desde el psicoanálisis ni para especialistas en este tema. Hacemos estas reflexiones desde feminismo tratando de encontrar en la teoría psicoanalítica algunas herramientas útiles para desarrollar nuestra preocupación teórica.

Si, como ya dijimos, la preocupación que inaugura la reflexión feminista es aquella que se pregunta por los orígenes de la desigualdad, trataremos de describir rápidamente los puntos básicos de la concepción psicoanalítica clásica sobre el proceso de configuración de identidades diversas.

En primer lugar, importa destacar que para Freud la llamada etapa preedípica se caracteriza por una percepción indiferenciada de la identidad sexual, es decir, que tanto el niño como la niña ignoran las diferencias anatómicas entre los sexos y ambos se consideran portadores de un pene. Esto significa, en otros términos, que Freud considera que la niña, en esta etapa preedípica, es eminentemente masculina, es decir, activa, agresiva y centrada en el placer sexual que le produce el clítoris -un pene atrofiado según Freud- y vive ignorante de la existencia de la vagina, propiamente femenina, siguiendo esta misma lógica.

Es decir, en los orígenes del sujeto psíquico, Freud encontraría una indiferenciación -esto es, una igualdad- entre niños y niñas, la cual sólo se altera cuando se advierte la diferencia anatómica y se observa que ésta representa una desventaja para la niña puesto que carece del órgano que para ambos es el centro de su actividad y de su placer; para ella, la amenaza de castración ha sido cumplida.

En la fase edípica la niña debe realizar una doble tarea: variar su objeto sexual de la madre al padre y abandonar su masculinidad para crear un núcleo de identidad femenina, es decir, desplazar el centro del placer sexual del clítoris a la vagina y modificar su impulso sexual de activo -con deseo de penetrar- a pasivo, con deseo de ser penetrado.

Aunque, en principio, esta concepción trasciende las explicaciones naturalistas, encontramos en ella todavía un cierto sustrato biologista.

Para empezar, términos como masculino y femenino utilizados para designar cierto tipo de cualidades y la asociación con determinada personalidad según sea el caso, siguen siendo identificadas con las funciones reproductivas sin señalar el papel que en estas consideraciones juegan las valoraciones culturales.

Por ello se dice que la niña es "masculina" en la etapa previa la percepción de su castración y se asegura que sólo podrá adoptar posteriormente una identidad femenina adecuada si se desplaza el placer sexual del clítoris -que sería masculino, agresivo, con iniciativa, con deseos de penetración porque biológicamente, aunque atrofiado, tiene las funciones de un pene- a la vagina -pasiva, receptiva, femenina. Desplazar el placer de un órgano a otro equivaldría a desplazar la identidad de un sexo a otro. Se es femenina o masculino si es pasiva o activo, si se es consecuente, en fin, con las funciones- de una diminuta parte del cuerpo humano- que ha señalado la naturaleza.

La identidad femenina, a diferencia de la del varón resultaría entonces sumamente problemática puesto que tendría que transformarse radicalmente en varios sentidos; pasar

de masculino a femenino, desplazar el placer del clítoris a la vagina, cambiar de objeto de la madre al padre y pasar de pronto a saberse carente de un pene que creía poseer. Esta constatación la marcará de por vida; la envidia (deseo) del pene motivará de ahí en adelante todos sus actos, todos sus proyectos y hará que una feminidad "normal" sea tendencialmente histérica.

Estas ideas pueden deducirse fácilmente de los principales textos de Freud sobre el tema [2] pero ellas no constituyen la única línea de aproximación a la identidad femenina. Puede hacerse una lectura distinta si partimos de un análisis que, no por ser marginal en la obra de este autor resulta menos sugerente; nos referimos a los estudios sobre narcisismo femenino.

En efecto, Sarah Kofman nos indica que el modelo freudiano de feminidad antes descrito puede encontrar una alternativa en la imagen de la mujer narcisista, por cuanto ésta se basta a sí misma y sólo pide ser deseada. Lejos de envidiar, es causante de envidia por parte del hombre que idealiza el objeto amado por encontrar en él la parte de sí mismo que ha perdido: en su Introducción al narcisismo, "Freud está empeñado en mostrar que entre el hombre y la mujer hay diferencias fundamentales en cuanto al tipo de elección de objeto: caracterizaría al hombre el amor de objeto según el tipo analítico marcado por una sobreestimación sexual del objeto. Esto tendría su fuente en el narcisismo originario transferido luego al objeto sexual(...)" (Kofman, 1982, p. 65).

Un caso muy distinto sería el desarrollo del tipo femenino, "el más frecuente y probable, el más puro auténtico. En este caso parece que desde la pubertad la formación de los órganos femeninos (...) provoca un aumento del narcisismo originario, desfavorable a un amor de objeto regular acompañado de sobreestimación sexual. Se produce, en particular en el caso de un desarrollo hacia la belleza, un estado en que la mujer se basta a sí misma, lo que la compensa de la elección libre de objeto que le impide realizar la sociedad. Este tipo de mujeres no amarían, estrictamente hablando, más que a sí mismas, casi tan intensamente como las ama el hombre que cumple esta condición" (Freud, citado por Kofman, 1982, p. 65).

Esta, con ser una veta importante para el análisis de la configuración de la identidad femenina resultaría insuficiente y secundaria si no la enriquecemos con algunas precisiones que, provenientes de la concepción lacaniana, permiten redimensionar los conceptos psicoanalíticos que hemos mencionado hasta ahora.

En efecto, esta corriente teórica brinda la oportunidad de salvar los escollos biologicistas del psicoanálisis clásico al repensar las estructuras freudianas a partir de la diferenciación entre lo real, lo simbólico, y lo imaginario como tres registros con lógicas y procesos operativos singulares. Así, lo simbólico es entendido como un orden estructurante que precede al sujeto y que tiene una legalidad particular. Se piensa en un universo simbólico que construye la subjetividad del sujeto como imaginaria.

Desde la forma misma, el discurso lacaniano privilegia conceptos que nos permiten introducirnos al universo de lo propiamente humano-cultural entendiendo que éste es un campo donde lo biológico pierde por completo su sentido, donde representa un falso problema seguir hablando de sustratos "naturales", de telones de fondo sobre los cuales se construye el sujeto humano, porque ni aún las funciones más animales como la supervivencia y la reproducción escapan a un redimensionamiento radical cuando son llevados a cabo dentro de una relación intersubjetiva donde el deseo -y no el instinto- juega un papel primordial.

Podemos entonces pensar que los elementos esenciales para la constitución de los sujetos no se deducen de su bisexualidad biológica, ni de la capacidad para la reproducción, sino de cómo se construyen simbólicamente las identidades a partir precisamente del juego intersubjetivo.

Esto es, en tanto humano, el sujeto se construye a partir de su inserción en un orden simbólico que lo precede; la estructura simbólica crea incluso aquello que se piensa como lo más "natural"; el cuerpo: "(...) lo que está en juego en la batalla de los sexos no corresponde al orden de la anatomía (...) Nada se entiende de lo que es el cuerpo o de lo que es el sexo si no se distingue entre cuerpo real, simbólico e imaginario" (Saal, 1981, p. 147). El cuerpo mismo es un dato que se construye; lo real es "un montón de cosas" que sólo devienen cuerpo al ser nombradas así por otro. "El estatuto de cuerpo imaginario sólo será alcanzado merced al soporte deseante de algún otro, de alguien que convalide esa representación, a quien llamamos madre" (Saal, 1981, p. 147).

Tenemos entonces, como primera condición para la constitución del sujeto humano la existencia del orden simbólico. Pero esto no basta; es necesario que se acate su ley que es la ley de la prohibición, de la castración, fundante de su carencia.

Esto es, para que haya sujeto, para que se configure un yo, debe haber un desprendimiento originario entre yo y Otro -con respecto al cual el sujeto pueda ubicarse como Uno. Sólo en tanto que ha sido escindido, que ha sufrido una pérdida, el sujeto puede desear (ser objeto del deseo del Otro y desear al Otro como objeto).

Y es aquí en donde la diferencia entre los sexos aparece porque La diferencia es condición para la configuración del yo. Pero, y esto nos parece fundamental, en el discurso lacaniano el Falo en tanto significante (símbolo que no es equivalente al pene real, anatómico) es, en cierto sentido, el objeto del deseo, aquello de lo que han sido privados ambos sexos, la carencia necesaria para la constitución de la subjetividad.

El Falo, a diferencia del pene, es un símbolo, y como tal su ligazón con lo simbolizado es secundaria y está impregnada de lo imaginario. El símbolo Falo implica a la vez la completud y la carencia, de aquí su relación con el pene, el hijo o las heces; se piensa en un todo al cual se le desprende algo. El desprendimiento originario, inducido por la prohibición se realiza con respecto a la madre-Falo, y a partir de este desprendimiento, de la fundación de su carencia, el niño y la niña comienzan a estructurar su yo.

Por tanto, no es sólo la subjetividad de la mujer la que se estructura en torno a una carencia, sino la subjetividad en general la que es gracias a la falta misma. Así, siguiendo la exposición de Frida Saal, entendemos que "Sólo en tanto castrado, en tanto incompleto el hombre puede dirigirse hacia la mujer. Busca en ella reconocimiento, ella lo inspira. Pero también la mujer, sólo en tanto castrada puede buscar al hombre y desear al hijo (...) Quisiéramos abrir una vía para pensar si no ha sido demasiado a la ligera como se ha pensado al hijo en el orden de la naturaleza; que cultura e hijos deben ser pensados en el orden del don, del intercambio simbólico (...) En esta óptica, pene e hijo serían los objetos con los que se indemniza al otro por una promesa no cumplida" (Saal, 1981, p.p. 156-157).

En este sentido, se nos abre también la posibilidad de pensar que si bien la diferencia sexual es requisito para la existencia de la cultura, no lo es la desigualdad valorativa que se ha derivado de esa misma diferencia.

Decir que la cultura y la familia son "falocéntricas" implica afirmar que sólo existen a partir de la carencia del Fallo, de la prohibición, pero que son "falocráticas", implica que "de la diferencia se deriva un ordenamiento jerárquico de dominación y sumisión.

Nada en el psicoanálisis autoriza a hacer de la diferencia una jerarquía" (Saal, 1981, p. 160).

Es decir, esta elaboración teórica nos permite estructurar analíticamente aquello que ha sido una premisa feminista; la certeza de que la desigualdad jerárquica en favor de un sexo y en detrimento de otro, es contingente.

Esta perspectiva nos ofrece pues las herramientas idóneas para profundizar en el problema de la constitución del sujeto femenino, pero, en este sentido, todavía nos gustaría señalar un problema más cuyo planteamiento nos parece sumamente interesante en la tarea de perfilar una teoría sobre la desigualdad.

Si nos atenemos al planteamiento tradicional del psicoanálisis podemos ver que en la explicación de la construcción de estructuras psíquicas singulares se otorga un papel fundamental a la sexualidad. Es decir, generalmente se habla de sexualidad femenina cuando se quiere hablar de feminidad; se parte en última instancia, como ya hemos dicho, de las identidades sexo anatómicas y frecuentemente de la elección de objeto sexual para definir la identidad subjetiva diferenciada.

Así, quisiéramos sugerir para enriquecer la investigación, la incorporación del concepto de género diferenciándolo del de identidad sexual.

Esto es, se trata de comprender que, en este caso, feminidad -término que alude a una cierta manera de percibirse de un sujeto a sí mismo y de ser percibido por los demás en tanto que responde a un esquema de conductas y valores socialmente asignados y que se opone a otro esquema antitético- no es directamente identificable a sexualidad femenina, lo cual nos habla a un tiempo de una simbolización especial de la diferencia anatómica y de una determinada elección de objeto. Sería necesario, pues, distinguir entre género y sexo o, mejor aún, entre identidad de género e identidad sexual.

Así, siguiendo algunas aportaciones a este problema, nos parece pertinente señalar que la percepción de pertenencia a un género determinado es anterior (en términos lógicos si se quiere) a la percepción de la diferencia sexual anatómica y a su consecuente simbolización. [3]

La introducción de la noción de género en estos términos no sólo nos brinda la oportunidad de apartar definitivamente la cuestión de la constitución del sujeto de un enfoque naturalista; también evidencia la existencia de un problema que nos atañe en forma fundamental y que no ha sido tratado por el psicoanálisis: la intersección de las estructuras psíquicas primarias con las estructuras ideológicas de una sociedad.

En efecto, cuando al principio del trabajo hablamos sobre las consecuencias que tiene en teoría preguntarse por los orígenes de la desigualdad, veíamos que en cierta forma esto entraña una óptica esencialista que sólo plantea falsos problemas pero, en torno a este mismo punto hace falta aclarar que la pregunta por los orígenes, además de ser puramente especulativa, restringe la posibilidad de pensar el problema real hoy en nuestra cultura y de encontrar a este problema posibilidades alternativas. Es decir, debemos reelaborar nuestra inquietud teórica y dejar de preguntarnos por los orígenes históricos de la desigualdad, para desplazarnos hacia la indagación de cuáles son los

mecanismos de diversa índole que intervienen en la configuración de las identidades diferenciadas y que provocan la jerarquización de esa diferencia en perjuicio de la mujer.

Porque finalmente, la constitución de los sujetos no se da a partir de una simbolización arbitraria cualquiera, sino que, precisamente, se da a partir de su inserción en diversos órdenes simbólicos que preexisten al sujeto y que en el origen del mismo funcionan a través de estructuras familiares específicas.

La identidad de género que es el primer polo diferenciante al cual el niño o la niña se adscriben, implica asumir toda una serie de comportamientos, actitudes, anhelos y valores, que pertenecen al terreno de la ideología y que varían de una cultura a otra. Este conjunto de valores hoy, aquí y ahora, sin que importe si se indaga o no por las causas de este hecho, clasifican desigualmente la pertenencia a un género o a otro. Más allá de la castración, aunque ligado a ella, la niña ha percibido desde siempre un trato desigual que implica la inferioridad de su género, y esto no puede ignorarse cuando se piensa en la imaginarización de la diferencia anatómica.

De este modo para concluir, creemos que es necesario tomar en cuenta los siguientes puntos para profundizar en el análisis de las causas y consecuencias de la diferencia sexual.

a) Situarnos fuera del terreno de "lo natural" pensando que la constitución de los sujetos ocurre sólo a condición de su inserción en un orden simbólico.

b) Pensar, en este sentido, que si bien la(s) mujer(es) se constituyen a partir de una carencia esto no es la causa de su desigualdad, puesto que la falta, la incompletud, es condición para la constitución de todo sujeto; femenino o masculino.

c) Recuperar el estudio del narcisismo femenino como un campo de análisis que ofrece diversas posibilidades de reflexión puesto que, por un lado, nos brinda la oportunidad de estudiar un tipo de mujer que escapa al modelo clásico de la histérica, y por otra parte nos plantea una cuestión importante acerca de cómo puede no desestructurarse el narcisismo femenino a partir de que la niña percibe su falta de pene desvalorizando por ello a todas las mujeres incluidas su madre -objeto primitivo de amor- y ella misma.

d) Profundizar, finalmente, en el estudio de las diferencias y complementariedades entre género y sexo, e investigar cuáles son los mecanismos de constitución del sujeto sin olvidar el papel que en este proceso juega la ideología específica de una cultura.

Por ello nos parece que el estudio debe centrarse en la familia como estructura simbólica en cuyo seno se configuran las identidades primarias y que por esto mismo ocupa un lugar privilegiado en el orden cultural como institución reproductora y reforzadora de los valores.

CITAS:

[*] Profesora e investigadora del departamento de Sociología UAM-Azcapotzalco.

[1] El problema de la desigualdad planteado por el feminismo nos indica, como sabe cualquiera que tenga una mínima información sobre este tema, no la simple diferencia sexual, sino la jerarquización desigual que se ha derivado en toda cultura conocida a partir de esta diferencia.

[2] "La feminidad" en "Conferencias introductorias al psicoanálisis No.33;" "La sexualidad femenina"; "Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina"; "Análisis terminable e interminable"; "El malestar en la cultura"; etc.

[3] Cf. Dio-Bleichmar (1985). Aunque sin derivar de ahí las mismas tesis que esta autora, el problema de la percepción del género anterior al de la diferencia sexual se menciona también en F. Saal, op. cit., "es detalle conocido que para el niño la diferencia de géneros precede a la diferencia de los sexos. Podríamos decir que la diferencia está desde siempre en el orden del significante, en el orden simbólico, desde donde distribuye emblemas y atributos de género (...)" p. 148.

BIBLIOGRAFIA:

Dio-Bleichmar, E., 1985, El feminismo espontáneo de la histeria, Adotraf, Madrid.

Engels, E., 1979, El origen de la familia la propiedad privada y el Estado, Era, México.

Freud, S., 1979, Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid, Kofman, Sarah., 1982, El enigma de la mujer. ¿Con Freud o Contra Freud?, Gedisa, Barcelona.

Mead, Margaret., 1982, Sexo y temperamento, Paidós, Barcelona.

Oakley, Ann., 1982, La mujer discriminada. Biología y Sociedad, Debate, Madrid.

Saal, Frida., 1981, "Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos" en Braunstein, comp., A medio siglo de El Malestar en la Cultura de S. Freud., S. XXI, México.